



Desafíos actuales para la misión en la Orden¹ *Capítulo General de Providence*

Humanizar la globalización

El fraile predicador, hombre del Evangelio y hombre de su tiempo, es ciudadano de su país, ciudadano de su región y ciudadano del mundo, tal y como, por lo demás, siempre lo fueron los discípulos de Jesucristo, según podemos leer en la Carta a Diogneto: "*Los cristianos no se distinguen de los demás ni por su país, ni por su lengua, ni por su vestido... Obedecen las leyes establecidas, y en su manera de vivir superan las leyes*" (A Diogneto V, 1.10). El propio Jesús fue conciudadano de los hombres de su tiempo, solidario y comprometido, apasionado por el Reino que llega, plenitud del amor de Dios hacia su pueblo y del amor de los hombres hacia sus hermanos y hacia el Padre.

Hoy, lo mismo que ayer, el mundo está por ser construido; es tarea de todos y, por lo tanto, también nuestra. Vivimos dentro de un sistema en el que todo parece previsto, rigurosamente dispuesto, integrado, globalizado hasta el punto de parecer que ya no tenemos control sobre él. ¿Estará el mundo yéndose de nuestras manos?, ¿habrá llegado a resultarnos ajeno?, ¿habrá olvidado al hombre? Pero Dios no lo ha olvidado. "Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su único Hijo" (Jn 3,16). Le confió el mundo para que le diera un rostro humano. Tal es la Buena Nueva, el Evangelio de la Palabra hecha carne, que no podemos anunciar sino estando en el mundo y arriesgando nuestra vida para que el mundo viva.

Humanizar la mundialización

Como testigos y predicadores del Evangelio que somos, no podemos permanecer indiferentes ante esos hechos contradictorios, y menos aún adoptar una actitud de rechazo total o de aceptación ingenua. Si queremos ser eficaces en nuestra misión, se nos impone la necesidad de un análisis objetivo, con el fin de que comprendamos el sentido de la globalización y de que podamos discernir, a partir de los valores del Evangelio (unidad del género humano, dignidad de la persona, participación en el bien común...), su pertinencia y sus riesgos en lo que respecta a la construcción de Reino de Dios.

Cualquiera que sea el tipo de inserción que cada uno de nosotros tenga en la sociedad, participamos en las actividades públicas como cristianos y como ciudadanos. Hoy en día esta participación está acompañada por una nueva exigencia de justicia social en el plano nacional e internacional. Es un asunto evangélico.

En solidaridad con los hombres y mujeres de buena voluntad, debemos cooperar activa y pacíficamente en la construcción de un mundo diferente. Es deseable que participemos en las organizaciones y asociaciones civiles que proponen una alternativa y que luchan contra la injusticia, las desigualdades, los desequilibrios económicos, sociales y culturales. Hemos de combatir, como ciudadanos del mundo que somos, los daños medioambientales provocados por una competencia encarnecida.

Por lo demás, nuestra forma de vida de frailes predicadores puede representar una alternativa crítica a los efectos negativos de la globalización y ser anuncio de una manera de vivir para un mundo diferente. Frente a la competencia y a la rivalidad, nosotros, que somos hermanos, buscamos ser hermanos de todos. Elegimos la pobreza como solidaridad y comunión de bienes frente a la primacía de la economía del beneficio; la comunidad como acogida del otro, responsabilidad y participación; el estudio (la sabiduría) como búsqueda de la verdad y esfuerzo de comprensión del mundo.

Nuestra tradición intelectual y espiritual nos conduce a proponer, hoy como ayer, una nueva experiencia y comprensión de Dios, del hombre y, por consiguiente, del mundo; dicho de otro modo, una antropología cristiana. Para nosotros, predicadores que hemos consagrado nuestra vida a la Palabra, esa antropología subraya la importancia de la inteligencia y de la palabra humanas como lugares y medios del conocimiento de Dios, del mundo por Él creado y del hombre hecho a su imagen y semejanza.

Más aún, la palabra caracteriza y distingue a la persona humana dentro del mundo creado. Promover la capacidad de expresarse, de dialogar, de buscar y decir el sentido de la existencia y sus dificultades, es promover la humanidad y transformar el mundo. Por eso, para nosotros, dominicos, la predicación no consiste únicamente ni en transmitir un saber ni en proponer una nueva visión de Dios, del hombre y del

mundo, sino en ofrecer, en una palabra que deseamos fraterna y profética, la Palabra viva que hace de quien la recibe un sujeto a su vez capaz de tomar la palabra, capaz de responsabilidad, de compromiso y de alianza con otros.

Creemos en un mundo que es "creación de Dios", en un hombre y una mujer que son "imagen de Dios" y en un Dios que entró en nuestra historia y nos habló a través de los profetas y en su Hijo, que se hizo hombre. Eso nos impulsa y obliga en nombre del Evangelio a traducir nuestra condición y misión de predicadores en compromisos concretos orientados a la promoción de la persona y de su dignidad en los campos diversos y complementarios de la vida social, de la vida eclesial y de la propia vida de nuestra Orden.